



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

IV domingo de Cuaresma, 10 de marzo de 2002

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. "*Laetare, Jerusalem...*". Con estas palabras del profeta Isaías la Iglesia nos invita hoy a la alegría, en la mitad del itinerario penitencial de la Cuaresma. La alegría y la luz son el tema dominante de la liturgia de hoy. El evangelio narra la historia de "un hombre ciego de nacimiento" (*Jn 9, 1*). Al verlo, Jesús hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos y le dijo: "Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa "Enviado"). Él fue, se lavó, y volvió con la vista" (*Jn 9, 6-7*).

El ciego de nacimiento *representa al hombre marcado por el pecado*, que desea conocer la verdad sobre sí mismo y sobre su destino, pero se ve impedido por una enfermedad congénita. Sólo Jesús puede curarlo: él es "la luz del mundo" (*Jn 9, 5*). Al confiar en él, todo ser humano espiritualmente ciego de nacimiento tiene la posibilidad de "volver a la luz", es decir, de nacer a la vida sobrenatural.

2. Además de la curación del ciego, el evangelio da gran relieve a la *incredulidad* de los fariseos, que se niegan a reconocer el milagro, dado que Jesús lo ha realizado en sábado, violando, a su parecer, la ley de Moisés. Se manifiesta así una elocuente paradoja, que Cristo mismo resume con estas palabras: "Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos" (*Jn 9, 39*).

Para quien encuentra a Jesús, no hay términos medios: o *reconoce que lo necesita a él y su luz*, o elige prescindir de él. En este último caso, tanto a quien se considera justo ante Dios como a quien se considera ateo, la misma *presunción* les impide abrirse a la conversión auténtica.

3. Amadísimos hermanos y hermanas, nadie debe cerrar su corazón a Cristo. A quien lo acoge, él le da la luz de la fe, una luz capaz de transformar los corazones y, por consiguiente, las mentalidades y las situaciones sociales, políticas y económicas dominadas por el pecado. "Creo, Señor" (*Jn* 9, 38). Cada uno de nosotros, como el ciego de nacimiento, debe estar dispuesto a profesar humildemente su adhesión a él.

Nos lo obtenga la Virgen santísima, totalmente envuelta en el resplandor de la gracia divina.